

CARTA SOBRE LA PROMOCION DE 1940

La década 1940 - 50

Me importa la crítica literaria no menos que la crítica artística y en reiteradas ocasiones he experimentado y experimento la necesidad de aclararme, en mi conciencia de escritor, asuntos que atañen a aquella disciplina. Por esta predisposición espiritual, estíme un deber escribir a Roberto F. Giusti, a propósito de un editorial publicado por el crítico ("La Nación", abril 15 de 1951: "Las generaciones literarias"), con quien disenta en sus apreciaciones sobre la última generación. Giusti —honrada y amistosamente como es su costumbre—, contestó de inmediato a mi carta, que su generosidad conceptuó "noble y hermosa", recalando la existencia de escritores "finos, cultos y talentosos", mas cuyas obras no "son cosa que haya de trascender por su significación y valor los días que aparecieron". No creí oportuno, en ese momento difícil de nuestra cultura, discutir esa opinión respetable. Y así lo estíme a un tiempo el ex director de "Nosotros": "Usted me disculpará de que no me ensarte aquí, dice, con mi culto y combativo contendiente en una extensa polémica, que sería propia de llevar a un artículo o ensayo si hubiera dónde, que no lo hay, lo que habla tristemente del estado de cultura argentina en estos días y no por culpa de los escritores". No obstante consideraré válido anotar más extensamente mis argumentos acerca de ese tema apasionante de la generación a la que pertenezco, la cual posee firmes valores, hoy en no pocos escritores confirmados y reconocidos. Giusti había escrito en el citado editorial: "Sería interesante saber a la luz de estas reflexiones cuál es la posición de las últimas promociones literarias acerca de este tema de las generaciones". La contestación está —con un tono epistolar que he querido conservar por su carácter de testimonio— en las páginas que siguen, al menos para valorar el espíritu de esa discutida promoción y comprender un período poco conocido y hasta confuso de nuestras letras.

Aclaro, también, que uso los términos generación y promoción por cuanto el período aludido se manifiesta en esa conjunción, prevaleciendo el segundo, aunque opere con su legítima voz la llamada generación del 40.

R. B.

“Muy atrás en mis recuerdos está el pensamiento de que en toda generación dos o tres son sacrificados en beneficio de los demás, dos o tres están destinados a descubrir, entre horribles sufrimientos, lo que favorece a los otros; y con tristeza comencé a convencerme a mí mismo cuando vi que yo estaba elegido para ello”. *Soren Kierkegaard*.

La discutida promoción de 1940, ha crecido en la conciencia del oficio de las letras. He debido renunciar a búsquedas lujosas, aun a experiencias propias de la edad en que se gusta sorprender y deslumbrar. Se ha alejado de rumbosos quehaceres, de esgrimas fanfarronas y leguleyas. Ha sentido la desgarradora presencia de un hacer noble, de un creer humano, de un sentir ligado al destino de la criatura de la tierra como misión y como mensaje. Si en los tiempos de las brigadas “martinierristas” los escritores jóvenes brindaban fuegos de artificio, risotadas o pullas, en nuestro tiempo de crisis, de guerras, de subversivas rehabilitaciones en lo exterior y de quebrantamiento institucional republicano y dictadura en lo interno, lo natural de todos los días ha sido el toparse con una catástrofe humana o moral, un desastre en el cual el hombre es reducido o disminuido y, en otro plano, una experiencia en que el mismo hombre castigado aspira desde el naufragio, la opresión o el delirio elevarse a dignidad de persona, vivir esa consigna alta y soñarla predominante. ¿Cómo por tanto iba permitirse este joven hombre, este sensible con vocación de novelista, de poeta o de ensayista, pensar en la literatura como un hecho frívolo o un mero hecho de dominio temporal? Sólo pensará en la literatura como una lección purgativa, con una vocación de penitente. Empezará a plantearse los fines y los medios, usos y abusos de las palabras. Comprenderá que los fines son de naturaleza ética y los medios un rigor que sobrepasa la persona para entroncarse con lo social: nuestros ejemplos, aquellos que nos alimentan el alma, son los creadores universales que fijan la dimensión de su obra desde el destierro o la soledad, la lucha o el sufrimiento. Qué lejos de cuanto pueda significar brillo, resplandor vano. Un sentir y un sufrir

la insuficiencia de un arte y una literatura, y la necesidad de partir de la materia original no como especulación intelectualista sino con ardor y paciencia existenciales. Entre el drama de la cultura y de la vida, ésta, con su acento inaplazable, le señalará el campo de un vía crucis hostigado por fariseos implacables a los que contraponen su fuerte anhelo de redención espiritual. La tremenda pesadilla de los últimos años, señala al escritor en lucha contra incontables enemigos que operan incluso dentro de sí mismo. Se ha desarrollado una literatura que tiende en exceso su mirada sobre la nadedad del ser humano, pero a la par una exigencia crítica en que se duda de las virtudes y de las puras intenciones al extremo de no hallar más que maldiciones y muertes, que son también, por contragolpe, unidad de visión de un hombre liberado de esclavitudes y monstruos para surgir a una nueva conciencia de la sinceridad, de la confesión y de la libertad. El señalar males, el denunciar equívocos, falsedades, abyecciones, horrores, ponzoñas, al término de la búsqueda se articula el deseo ferviente de encontrar rutas más limpias y una atmósfera más despejada que permita respirar el aire de una humanidad ni suicida ni devoradora de su parcela reivindicante. Sabe que dispone de un país extendido y callado, casi mudo, porque aguarda aún las voces que habrán de poblarlo. Pero en este país del "todo está por hacerse", sabe que tantas y tantas cosas suenan a hueco, yacen en el olvido, o se han tergiversado, o se han perdido, o se han dilapidado como en la parábola del pródigo. La realidad se adentra en el escritor y esa realidad tiene un alcance que supera la letra de la literatura, o mejor, quiere llegar, sin facilidades, a la literatura a fin de buscar soluciones convencionales y crear inédita historia. Lejos de todo conformismo, sólo cabe un descontento, un descontento no negativo, un descontento creador. La esperanza no puede morir: el conocimiento de las civilizaciones, las hazañas culturales de otros pueblos sirven de estímulo y emulación en el proceso incesante que nos hace *hombres*. Se quiere encontrar una poética no que nos mire desde arriba sino que nos comprenda y trascienda. Una poética de

esencias primordiales: de acento local, de signo universal. Para ello tenemos el poema *Martín Fierro*; su autor supo en un idioma criollo hablar del hombre criollo. Disponemos de *Facundo* y *Recuerdos de Provincia*: aquí el lenguaje del morador argentino, la cadencia, el rigor, la reciedumbre o la gracia natural se hermanan en una expresión fuerte, acentuadamente humana y combatiente. Martín Fierro —el personaje de José Hernández— y Domingo Faustino Sarmiento, son mito y persona: ellos nos definen y aclaran la veta donde yace el metal de nuestras reservas incontaminadas. Y *Don Segundo Sombra*, es materia aprovechable, en este proceso, por el temple sufrido de un hombre de la llanura, y su autor —Ricardo Güiraldes— en él sobrevive. En el grande y vasto planteo de la literatura de vanguardia, la que cumple la trayectoria que va desde el ultraismo al superrealismo y de éste al existencialismo y otras formas actuales, surgen a un tiempo la corriente afirmativa de la calidad literaria —en la prosa y en el verso— y el bucear en la realidad de *todo* el hombre. O sea: por un lado la realidad y por el otro la aventura de la poesía, ambas integradoras de la persona humana sin fisuras. Esta es la tarea de escritores cuya sangre riega una noble porción de humanidad y que aspira a la belleza tanto como al hueso reluciente de la verdad. Acaso un puñado de solitarios, ligados por el común denominador de inquietudes y aspiraciones, dándose a problemas idénticos, sufriendo y gozando por un verso impecable, una página bien escrita, un valor redescubierto y salvado de la destrucción y la injusticia. Mi generación cuenta, junto a no olvidadas derrotas, con ese subsuelo abonado de búsquedas afanosas en cuyo cultivo la creación puede nacer y prosperar. Esta generación se entronca espiritualmente con la de 1837, continuadora de Mayo, la de Echeverría, Gutiérrez, Alberdi, Sarmiento, Mitre y otros argentinos, quienes, en el destierro, fueron vislumbrando el hacer de nuevos días y la convivencia pacífica después de largas noches de desastre e insomnio. Con esto entiendo decir que mira a aquellos hombres como puntos de partida, como impulso, como camino, pero —oportuno es

aclararlo— no siempre como sostén del acongojado caminante. Si se detiene en la tiranía rosista, denuncia el ataque a la cultura y a la ciudadanía, repudia la violencia, el intimidamiento, el delito entronizado, y comprende que nada vale la defensa de un territorio si no se combate simultáneamente desde dentro por las virtudes rectoras del hombre y su mundo de independencia moral. En lo que atañe concretamente a esa generación de 1837 al llegar directa o indirectamente a gobernar la nación que nos reúne, soltó un tanto las amarras: el país, con sus nacientes vías de comunicaciones, sus riquezas naturales, etc., pasó ávidamente a manos foráneas, y ésta es la contraparte que la energía generosa de aquellos hombres no pudo evitar.' Posteriores generaciones de argentinos no hicieron más que continuar una trayectoria, sin, muchas veces, la nobleza de los fundadores. ¿Qué mayor nobleza —y grandeza moral— que la de aquel culto general republicano que se llamó José de San Martín, *fundador* de libertad? La conciencia libertadora argentina —razón de patria— no desaparece: hacia 1890 crece un despertar cívico que se exterioriza en una Revolución (Leandro N. Alem); Almafuerte escribe las acongojadas estrofas de *La sombra de la patria* en las que rebosa la esperanza de un destino, y la etapa de la crisis que provocó el movimiento se insinúa en la crónica novelesca de Julián Martel: *La Bolsa*. En el plano de la lucha contra la dictadura, ya el relato y la novela habían encontrado en *El Matadero*, de Esteban Echeverría, un auténtico testimonio, y en *Amalia*, de José Mármol, un documento no menos legítimo. La literatura de los últimos diez o quince años, la producida por escritores de mi generación —o sus coetáneos— en nada le es ajeno el hombre argentino integral y sus posibilidades reivindicatorias, la luz y la penumbra de las ciudades y el campo. Y sabe que una gran literatura nace sobre la aceptación de una tierra, de un lugar en el mundo, con su pro y contra, sus trigos y abrojos, sus grandezas y miserias. La concreción real e ideal de un pueblo debe resurgir palpitante en la literatura, en el creciente ir y venir en el páramo de la vida en que se quiere dejar la verde brizna

de una escritura imborrable. Lo sublime ha sido creado por los escritores: los escritores son la tierra sobre la cual vive y se desvive la espiritual voluntad de ser de hombres y pueblos. El destino de un país, su esencia, está escrita en ese tipo de literatura: llámese Los Vedas, La Ilíada, La Biblia, La Divina Comedia, El Quijote, Hamlet, Fausto, Los hermanos Karamasov, La Comedia Humana, Hojas de Hierba. Nada nace del aire: una continuidad, una tradición fundamenta la más innovadora obra artística y literaria que perdura. A mi generación resultan inolvidables nombres incorporados en las últimas décadas a la literatura nacional: Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Bernardo Canal Feijóo... Y desde el 900 hasta hoy: Almafuerte, Lugones, Paul Groussac, Roberto J. Payró, Güiraldes, Quiroga, Linch, Fernández Moreno, Macedonio Fernández, Roberto Arlt, Ricardo Rojas, Pablo Rojas Paz. La vanidad y el deleite de escribir han dejado paso a la necesidad inaplazable de expresión: una expresión que se quiere ardiente y total, no mera abstracción sino suma de cultura e inspiración legítimas, una alianza de racionalismo y razón vital, unidad de esencia y existencia. No se trata de olvidar antecedentes, sino de buscar en el pasado y en el presente lo que nos queda de fecundo, de substancial; lo que somos y queremos llegar a ser. Esta es, en definitiva, la faena que cifra nuestro acontecer, acontecer de una generación que nace, según la cronología de nuestra edad, hacia 1930 y 40, que se ve sometida a pruebas de fuego y despiadadas peripecias le acompañan.

II

En nuestro país se creyó durante años en una literatura providencialista. El insigne José Enrique Rodó, en *El que vendrá*, fue el gestor rioplatense de este pensamiento mesiánico. Se pensó en un ser superior de origen americano, porque, cabe no olvidarlo, la exaltación del hombre en su grado hiperbólico es típico ingrediente del alma de nuestra América. A

esta altura, después de la caída de los jefes nazis y fascistas, todopoderosos en su hora y en sus respectivos países, y con la irrupción de dictadores o tiranuelos de la que América es aún víctima, creer y esperar "el que vendrá" es ingenuo y está al margen de la realidad. Los procesos culturales son lentos y arduos, están contruidos sobre una marcha obstinada y solidaria. No son únicamente anunciadores o adalides los que una democracia auténtica necesita: se necesitan seres dotados de integridad moral y coraje viril, asentados sobre una base intelectual, para destruir las mil trampas que se levantan para oprobio y explotación del hombre. Y en lo que atañe a la literatura, una infinita serie de hombres que comprendan que su obra asume las características del combatiente —en grado extremo de la calidad espiritual—, y también el señalar, distinguir y descubrir las intrincadas situaciones humanas, el rostro hundido en el llanto, el inefable canto de las cosas y de los hechos aparentemente sin sentido: el denunciar, denunciar equívocos, falsedades, oprobios, define el carácter de la novela y de la crítica contemporáneas. Una generación literaria actual, contrariamente a la que se atuvo hace veinticinco años a través de algunos de sus representantes, al juego malabar de una subversión que surgió en Europa sobre las cenizas de la primera guerra mundial, después de las experiencias brutales de los últimos lustros nos prueba que el valor artístico no puede separarse de la persona, hecho por el cual literatura, pensamiento y vida se unen en una misma función esclarecedora y ordenadora de valores. De este modo, al despilfarro y la ironía, sobrevino un estado de seriedad e introspección. Lo prueban: *Radiografía de la Pampa*, publicado por Martínez Estrada en 1933, e *Historia de una pasión argentina*, 1937, de Mallea, a la par en otras obras de estos escritores: del primero, *Muerto y transfiguración de Martín Fierro*, *Sarmiento*, *El mundo maravilloso de Hudson*, y del segundo, *La bahía de silencio*, *Todo verdor perecerá*, etc. Se fijan estrictas posiciones. A su vez, Borges, se asoma a una literatura fantástica, de exquisito gusto y riguroso lenguaje, que representa un avance remarcable sobre

el repertorio de temas autóctonos. En verdad los grupos literarios de Florida, de Boedo y de otros rincones de la urbe y del país, han cumplido una labor valiosa, en no pocos escritores entrañable, que aun está por estudiarse a fondo, y cabe a los nuevos críticos el hacerlo. Son el ser del país y el ser del mundo que vienen a cruzarse y amalgamarse en un momento de nuestra expresión culta, con mutuas influencias e interdependencias, hecho por el cual nos enriquecemos con el planteo y las soluciones. Comprendemos claramente que una obra es la suma de esfuerzos de penetración y análisis del alma y de la lengua finamente expresados, sinfónico y viviente movimiento en una tierra que ha de traer su matiz diferencial en la compleja vastedad y justeza de los creadores de otras tierras. En el inaplazable fenómeno temporal de los días, esta comprensión permite el paso del ultraísmo poético, chisporroteador y libre, a la zona de fuego en cuyas brasas ontológicas se debaten los sentimientos, las pasiones y las ideas de un pueblo. Nuestros paradigmas —rigurosamente cuidados— nos dicen que no es justo aludir a crisis o decadencia, estancamiento o retroceso. Por el contrario, nunca se ha encontrado un conjunto de escritores más sensibles y alertas en el juzgamiento de obras imaginativas y en el uso de una autocrítica severa. En el ambiente de mogigatería de una capital americana de hace algunos años, una antología y crítica de la poesía —por el método de selección y el juicio ajeno a banderías y personas—, se vio sometida a comentarios lamentables dictados por la rutina o los prejuicios coloniales antipoéticos y aliterarios, e incluso una entidad nacida en “defensa de la cultura y la libertad” se permitió el lujo suicida de lavarse las manos, desconociendo que un ataque impune a la libre crítica es tanto más insólito y grave si procede de sectores cultos. Mi pensamiento actual radica en creer que los escritores jóvenes del Río de la Plata, como de otros países del continente, disponen de una mentalidad receptiva suficientemente apta para juzgar sin complejos de in-

ferioridad del espíritu de aventura que la obra literaria exige en la implícita conducta rectilínea que de ella emana (1).

III

La literatura argentina invariablemente se ha bifurcado en dos direcciones: en una tendencia *combatiente* y en una avanzada *autobiográfica*, descriptiva y crítica. Es una literatura que surge de la lucha con el medio, ese combate con la nada y el todo, con la nada metafísica y con el todo geográfico, social y humano, el orbe circundante. Es, por lo tanto, una literatura de sensibles narradores, de quienes al examinarse a sí mismos crean personajes que viven y andan: desde *Recuerdos de provincia* a Guillermo Enrique Hudson; de *Memoorias*, de José María Paz, a una *Excursión a los indios ranqueles*; de *Don Segundo Sombra* a *Historia de una pasión argentina*, o *Cuadernos de infancia*, de Norah Lange, en donde lo autobiográfico se transfigura en prosa imaginativa. Ese sentimiento natural que osa penetrar vidas, sucesos del alma, ideas, paisajes, una especie de literatura del recuerdo tocada de nostalgia y de amor, que busca obstinadamente el futuro, son rasgos típicos de un país en el que la dispersión y las distancias, la falta de cohesión humana y artística, la soledad, la angustia, buscan la entrevista luz de una intuída comunión. Echeverría acertó en *El matadero* a darnos un fuerte documento acerca de la oprobiosa época rosista; de idéntico modo, *Facundo*, *Martín Fierro*, o *Radiografía de la Pampa*, operan frente a otras circunstancias, etapas vivas en el proceso de quienes —escritores— ven la realidad y esa realidad asume carácter de transfiguración crítica y poética en su dimensión concreta e imaginaria.

(1) R. B.: *18 poetas del Uruguay*, Montevideo, 1937. Emir Rodríguez Monegal en "Marcha" (de Montevideo) y en "Comentario" (Buenos Aires, oct.-dic. 1956), reconoce en esa antología que "su ordenación puede tomarse como punto de partida para fijar las coordenadas de la nueva literatura uruguaya".

Ningún libro, en las dos últimas décadas, más incisivo y denunciador de los males que nos afligen que la *Radiografía*, pero por esto mismo provechoso y estimulador en el plano de la acción revisora y constructiva. Así, la *Historia*, de Eduardo Mallea, de tono levantado y ardiente, examen de conciencia nacional fundado en las creencias más puras, creencias no pocas veces ensombrecidas por la tremenda realidad. Y, en otra avanzada, la ventana por la cual Borges gusta asomarse a un patio criollo, Ricardo E. Molinari a entonar una oda a un viejo río, Carlos Mastronardi a construir su *Luz de provincia*, Leopoldo Marechal a esgrimir sus *Cinco poemas australes*, Oliverio Girondo a remansarse en *Campo nuestro*; y así, los poetas Franco, Pedroni, Bufano, Ortiz, etc. —en esta clarificación de lo nacional—. Todos ellos sienten la necesidad, de uno u otro modo, de retomar la inspiración con que Hernández narra poéticamente la payada de Fierro con el Moreno sobre temas reales, abstractos y fantásticos: la existencia, la tierra, el cielo, el mar, la noche, la cantidad, el tiempo (*El tiempo sólo es tardanza / de lo que está por venir*) en la que canta no por la fama sino para buscar consuelo. Borges aguza el oído para captar las voces del poema clave de nuestra llanura, la ética de Almafuerte, el sentimentalismo de Carriego, y se introduce en los complejos mundos de Poe, Melville, Whitman, James, Joyce, Kafka, las primitivas literaturas sajonas, los libros hindúes y chinos, la Kabala. Canal Feijóo indaga con lucidez dramática el ser sociológico y metafísico de los argentinos: *Burla, credo, culpa en la creación anónima, De la estructura mediterránea, Teoría de la ciudad argentina*. Carlos Alberto Erro adelanta su pensamiento en *Tiempo lacerado y Diálogo existencial*. Se indaga en el ser nacional y en el ser universal, dualismo que ocupó a nuestro filósofo de la libertad: Alejandro Korn.

Ciertas gentes creen que la existencia de una generación debe ostentar los caracteres de una exteriorización abierta y directa. Piensan en un equipo que se presenta como la cohesión de los cinco dedos cerrados en un puño dispuesto a ofrecer su juego o pelea. Esto pudo ocurrir en momentos más propi-

cios para la literatura del país, no en un clima de proyecciones extraliterarias y en el cual otras urgencias exigen a un sensible acumular materiales con una esperanza menos inmediata. ¿Qué se busca? ¿Se quiere una generación política capaz de conspiraciones y sacrificios, capaz de ofrecer a la patria una solución de los problemas que la fatigan en el orden interno y de aliento federativo mundial en su futuro?

Esta generación entiende qué es política, mas aspira hacer de la política una ética sin lo cual no hay política verdadera. Se trata de una generación sufrida, abismada con planteos y desgarramientos, lejos de efusiones psicológicas; existe como núcleo de unidad en el plano de las ideas puras, de la creación novelística y poética, sin descuidar las aristas de lo real. Pero debe vivir aún oscurecida, a la sombra compleja de hechos mezquinos, escondida o agazapada en medio de tanto atuendo, ademanes y falsas proclamas. Es patrimonio del escritor abismarse en mundos del alma individual y colectiva a fin de desenvolver la madeja fina de los intrincados tormentos y sueños, los afanes, las luchas, las tenacidades o los quebrantos de una vida que, al abrirse a la realidad, choca con el medio y se retrae o afila sus armas en el aire destemplado de los días. El orbe de la infancia y de la adolescencia en el que se proyectan incontables escenarios, aventuras, milagros, y en el cual el asombro, la maravilla, el sentimiento atienden sólo la pureza y la lealtad hacia su propio orden emocional prístino, ese orden del corazón y de los ojos limpios bajo el resplandor de la memoria de las horas de tibieza y beldad creativas, este mundo puro tiene un testimonio primoroso en un extenso relato de Vicente Barbieri: *El río distante*, 1944. José María y otros seres que pueblan el libro con encendidas y delicadas fisonomías, son criaturas que habitan en tierras sin aliño, elementos del paisaje y presencias familiares. El conjunto aduce una verdad poética ya señalada con la sola mención de ese “río distante”, el que aporta vibraciones sutiles, válidas enumeraciones intuitivas y reales, como en aquel otro personaje niño que animara Alain Fournier en “El gran Maulnes”.

La literatura es un hondo proceso del ser, un instrumento de investigación que penetra en nuestra intimidad y alcanza las más sutiles intuiciones. Se adentra en los latidos sensibles del corazón y baja por sus hilos secretos hasta las ocultas raíces de pasiones vencidas o dominadas, ascendiendo en un raptó esclarecedor a la autenticidad de nuestras vivencias. El doble juego ardiente del amor y el odio, las prevenciones, los naturales impulsos, la complejidad que subyace en nosotros, halla su expresión por conducto del escritor. Mi generación ha trabajado firmemente sobre este sondeo que a cada uno como ser vivo nos comprende.

Las preocupaciones de la adolescencia y el desembocar en la juventud son, para escritores de mi edad, un denso instrumento de penetración en zonas de la persona en la que los factores de ambiente y las irreprimibles vocaciones e impulsos tejen y destejen la cambiante gama de las ideas y de las pasiones.

Silverio Boj (W. G. Weyland) muestra en *Aspero intermedio*, 1941, esa lucha tenaz del adolescente que combate con sus sueños en un medio familiar y social que lo rechaza en sus aspiraciones e ideales. Raúl, con sus dieciséis años, esgrime un trazado de angustias y entusiasmos, soledades y anhelos hacia la comunión juvenil y el amor. Y el novelista es fiel a ese desarrollo de alma en que los episodios y las circunstancias lo llevarán a buscar su propio modo de liberación y de vida independiente.

Hacia 1940, *Es difícil empezar a vivir*, de Bernardo Verbitsky, plantea en términos vastos la actitud de un hombre joven frente a los acontecimientos locales y mundiales. Pablo es periodista y estudiante y el mundo de los hechos le entra por los ojos y lo llevan a discutir con los jóvenes que le rodean, internándose en disquisiciones acerca de la sociedad y las formas de vida de su tiempo. En extensos diálogos y monólogos, el personaje de esta novela irrumpe en un ambiente argentino —el de Buenos Aires en 1930, época de la asonada conservadora uriburista—. Temperamento reservado y solitario, Pablo va

soltándose hacia la corriente que le arrastra llevándole no a lo estable sino a lo para siempre inseguro y problemático.

Dentro de este clima de introspecciones y afanes, Roger Pla escribió *Los Robinsones*, 1946. Esta novela de 500 páginas, diálogos y extensos monólogos, cuadros de ambiente, de época, una minuciosa crónica que abarca seis meses de vida del protagonista (julio 1936 - febrero 1937) hacia el que convergen otros tres hombres —los cuatro *robinsones*— y seis mujeres jóvenes, roza problemas típicos que ocupara a mi generación hasta el desgarramiento y la desesperanza. Una búsqueda de la sinceridad, de la verdad en pugna con la realidad-mundo y la realidad local pequeño-burguesa, un hurgar en el pensamiento contenido en los libros y en la vida, el amor con su atractiva lumbre de felicidad, de libertad, y un deseo de crecer, *crecer*, hacia una existencia digna del hombre sobre la tierra. Uno de los personajes de la novela concluye con esta reflexión a modo autobiográfico: “Yo, cuando me he buscado a mí mismo, me he encontrado en la humanidad”. He ahí la hazaña, verbal al menos, de esos Robinsones.

En los años de estos arduos planteos en el espíritu de la hora y su dimensión individual y colectiva, Juan Carlos Onetti (nacido en Montevideo) en “El Pozo”, 1939, trae un lirismo frenético en una atmósfera de pesadilla, sentimientos desencontrados y opacos, en el cual el protagonista no halla sino confusión, falsedad y rencores, y ese *pozo*, o la noche... “Voy a tirarme en la cama —concluye—, enfriado, muerto de cansancio, buscando dormirme antes de que llegue la mañana, sin fuerzas ya para esperar el cuerpo húmedo de la muchacha en la vieja cabaña de troncos”.

En los libros de Boj, de Verbitsky, de Pla —cuyo valor literario estricto no corresponde delimitar ahora—, los personajes están ligados o agitados por alguna alentadora presencia femenina, pero —en Onetti— se ha superado ya el clima de ciertos puros y solitarios que viven de sus propias lucubraciones y estímulos irreales para penetrar en una atmósfera cerrada de tipo existencial —como en “El muro”, de Sartre—

en el que no hay probabilidad de salida. No obstante, la salida de ese caos o de ese pozo, por momentos se concentra en *El túnel* (1948), de Ernesto Sábato. El pintor Juan Pablo Castel ha pintado una ventanita a través de la cual se ve el cielo. En un sorprendente clima de pesadilla, locura y misterio, en el cual el novelista penetra con su análisis despiadadamente agudo de sentimientos e intenciones que dan categoría a esta breve obra, ha sido creada la trama del relato. Sábato plantea un problema ético —la absoluta autenticidad de sentimientos—, cuya primera contradicción es el personaje principal que aspira a esa lealtad y pureza ejemplares sin practicarlas enteramente. De ahí el interés novelístico de este libro.

En las novelas de Onetti —*Tierra de nadie* (1941), *Para esta noche* (1943) y *La vida breve* (1950) vive un denso novelista, captador de desnudas pasiones en torvos ambientes propios de nuestro desdichado tiempo. Y, así, en José Bianco —*Las ratas*, 1944— en la que se cruzan, en una trabajada prosa, el equívoco, la perversión, el odio, el histerismo, la envidia y la muerte. Bianco penetra en esta atmósfera de equívocos y pasiones maceradas, en el que se mueve con desenvoltura; sabe contar con tacto y finura. Considero valiosa esta aptitud del escritor: ella define la actitud del novelista. Estamos aprendiendo el arte de ser escritores, o sea el de serlo con dignidad literaria. En este plano, *El muro de mármol*, de Estela Canto, es otra prueba. Estas novelas son procesos de conocimiento de un sector lastimoso de nuestra sociedad. Una inteligencia lúcida preside esa desnudez.

El ambiente social de mi generación, el que dispone como instrumento de trabajo investigador, está erizado de dificultades para la obra creadora. La existencia del escritor en la Argentina es árdua. Incluso la publicación de libros se hace dura: atrás quedó la euforia de las editoriales, los libros argentinos están embotellados por ese intruso hallazgo de las divisas que obstaculiza la libertad y tiende a una letal retroactividad. Pero si el clima social y político y la lucha por la existencia son harto dificultosas para un escritor que dispone

sólo de sus fuerzas libres, el clima intelectual es relativamente favorable. Me refiero a lo siguiente: Un escritor ha tenido en los últimos diez o quince años y tiene a su alcance el infinito repertorio de la gran literatura universal, en correctas traducciones de sello nacional o mexicano. Esto señala un ambiente de cultura y una evolución propicia saludable. De esta posibilidad de lecturas, de textos antes muchas veces inhallables, el escritor argentino asimiló la experiencia europea y norteamericana en la novelística, el ensayo y la poesía, y al par el mundo de las ideas filosóficas, políticas y económicas: un orbe indivisible. En Argentina, escritores de mi promoción, cuyas obras aparecen en el período que nos concierne, han publicado, por ejemplo, notables ensayos sobre Franz Kafka: Carmen Gándara escribió *Kafka o el pájaro y la jaula* (1943) y Mario A. Lancelotti *El universo de Kafka* (1950). Las revistas y periódicos literarios: Sur, Realidad, Cabalgata, Correo Literario, Verbum, Latitud, Reunión, Expresión, Nueva Gaceta, Bitácora, Canto, Huella, Verde Memoria, Conducta, Laurel, Los Anales de Buenos Aires, Cielo, Caballo de fuego, Re-seña, Contrapunto, Disco, Cuadernos de la Costa, Oeste, Poética, La Carpa, Angulo, Sauce, Cántico, Cosmorama, etc., el suplemento dominical de "La Nación", y otras hojas juveniles, la mayor parte de vida efímera, promovieron o promueven aún una intensa indagación y movimiento de ideas en el plano estético y en el plano social, que abarcan una teoría que asciende de lo técnico a lo ético y de la expresión al arte. Entre los ensayistas y críticos de esa promoción, trabajan espiritualmente agudos: Enrique Anderson Imbert: *Tres novelas de Payró con pícaros en tres miras* (1942), *Ibsen y su tiempo* (1946), o el estudio sobre Montalvo y su prosa (1949); Sábato: *Uno y el universo* (1949); Alberto M. Salas, Patricio Canto, Julio Cortazar, H. A. Murena, A. Sánchez Riva, Alfredo J. Weiss, Basilio Uribe, César Rosales, Juan Carlos Ghiano, B. Verbitsky, Sigfrido Radaelli, Fryda Schultz de Mantovani, Antonio Pagés Larraya, Adolfo Mitre, Eduardo J. Bosco, Adelmo R. Montenegro, F. J. Solero, Enrique Revol,

Daniel Devoto, Juan Jacobo Bajarlía, Amaro Villanueva, César Fernández Moreno, Bernardo E. Korembliit, Víctor Massuh, Pedro Larralde, Miguel D. Etchebarne, Raúl H. Castagnino, D. J. Vogelmann (traductor de Kafka), José Edmundo Clemente, Alfredo Roggiano, Alfredo M. Olivera (traductor de Eliot), Dardo Cúneo (*Sarmiento y Unamuno*, 1948), Héctor P. Agosti (*Ingenieros, ciudadano de la juventud*, 1945, y esbozos críticos en los que funda su materialismo dialéctico). Ellos aducen planteos nacionales, americanos y universales acerca de la literatura y las ideas, fijando el panorama intelectual apto para el análisis y el juicio ⁽²⁾. Un hombre vivo en la historia, el arte y la actualidad palpitante, emerge de logradas páginas. Por lo demás, estamos llegando a lo que Borges pedía en una carta que me enviara en 1941 a propósito de una encuesta contenida en mi *Descontento creador. Afirmación de una conciencia argentina* (1943)... “buenos interlocutores — hombres que aprecien los complejos fracasos y las delicadas victorias que hay en toda página escrita”.

Celebro el espíritu zahorí de Anderson Imbert, de escritura elástica, polémica, lírica; veo a Sábato en su criticismo, ironía y disconformismo; comparto la tarea de críticos y ensayistas inteligentes, sin más compromiso que la propia obra literaria que investigan, apartados de tantos lugares comunes. Y, entre los más jóvenes, Murena. Se lo siente preocupado por una más leal condición crítica argentina y americana, e importa en el escritor su búsqueda reflexiva en el hallazgo de nuestra palabra todavía no cabalmente articulada en el destino cultural de nuestro pueblo. Pero no creo —como él postula— en una total ruptura con el mundo europeo de occi-

(²) Con diferencias de años —como en poetas y narradores— pero viviendo un coincidente clima: José Luis Romero, José Luis Lanuza, Julio Caillet Bois, Sergio Bagú, Santiago Montserrat, María Rosa Lida, Ana María Barrenechea, Angel Mazzei, Juan Pinto, Jorge Abelardo Arias, Oscar Bietti, Noemí Vergara, María Emma Carsuzán, Joaquín Neyra, Héctor Miri, Lázaro y Carlos Lischo, E. Joubin Colombres, Williams Alzaga, Jorge Bogliano, Raúl Navarro, Alfredo Casey, Roy Bartholomew, María Hortensia Lacou, Gregorio Weimberg.

dente para el surgimiento legítimo de nuestras propias formas creativas; concibo más bien una ruptura y una inmediata creación de continuidad expurgada de lo convencional y efímero que todo proceso artístico o literario acumula sobre la marcha.

Aludo a ese clima mental y humano por cuanto la doble corriente literaria de la que son actores los jóvenes de mi tiempo y escritores cuya saliente labor abarca la década del 40 al 50, tiende en sus enfoques y discriminaciones a captar una superior realidad regional y mundial. Durante años hubo un divorcio entre el espíritu y la tierra. El argentino culto prefirió mundos más afinados que los de su suelo semisalvaje, inexplorado o entregado por años al olvido. Sin embargo, la gran corriente de la literatura nacional, en el decurso del siglo XIX, había sido de búsqueda y de exploración de lo propio, ya tratando de encontrar la norma social que rigiera la convivencia de los hombres, ya la expresión literaria que enriqueciera el ámbito de nuestra voz en el tiempo. La lucha ha sido en un primer instante hacia el espacio y la urgencia de poblar ese espacio, ordenando las relaciones ciudadanas y rurales, desde *La presentación de los hacendados*, de Mariano Moreno al *Dogma* y las *Bases* hasta los escritos de Sarmiento, Hernández, o *Lamentaciones*, de Alnafuerte, en quien asume primordialidad lo ético. La generación de 1922 y la promoción de 1940, que en parte la continúa, aportan elementos que conducen al reencuentro de nuestra calidad *distintiva* en la vida y en la literatura. Esta redescubierta ruta de nuestra probable universalidad —sin resabios indigenistas— resulta harto esclarecedora. Así, Carmen Gándara, en el relato *La Habitada* (1947), evidencia, en una prosa despojada de pinto-resquismos, una prosa clara y poética, el alcance de aquel alejamiento. Un joven de 28 años, un expatriado, vuelve al país y a medida que se interna en el paisaje de su suelo natal, recuperando bellezas presentes y recuerdos acumulados por manos afectivas, adquiere en el relato dimensión de persona. Ningún testimonio más significativo podía haber dado más su-

cintamente ese desgarramiento de la evasión hacia el reencuentro. Y en la peripecia de esta *aceptación* de la propia tierra, nada más contundente que *Lago Argentino* (1946), de Juan Goyanarte. “Esta es la historia de Martín Arteche, un capítulo de la lucha del hombre contra la naturaleza, en el sur del país”, escribió en el prólogo Martínez Estrada. Un vasto y ajustado friso, con sus hombres y naturaleza bravía emerge de esta novela. El protagonista es la tierra austral y la gran tormenta que ella provoca en las almas cernidas de violencia, desesperación y aniquilamiento en el dominio de un espacio inmemorial al que el hombre trata de dominar y vencer con obstinada voluntad. En esta dirección que prefigura “Lago Argentino”, esgrimen su tono peculiar localizado: *Los isleros*, de Ernesto L. Castro, *El río oscuro*, de Alfredo Varela, *El gran Chaco*, de Raúl Larra, vastos frisos éstos de una tremenda realidad en el cuerpo dolorido de la República. Manuel Mujica Láinez, en cambio, prefiere evocar imágenes de una sociedad argentina que viene desplegándose desde el pasado colonial hasta alcanzar nuestros días a través de un solar de la ribera norte de Buenos Aires simbólicamente exaltado en *Aquí vivieron* (1949).

Junto a estas realidades del país —la Patagonia y el Delta, la selva y los ríos interiores, la metrópoli y el campo rudo, con sus gentes sometidas a fatigadores trabajos, a fracasos y triunfos como en la vida de todo hombre de carne y hueso—, va arraigándose una novelística argentina o su factibilidad. Dentro de esta vasta materia, dentro de esta informe substancia, con aportaciones diferentes, trabajan: Estela Canto —en la que convergen una alusión argentina y una invención fantástica: *El retrato y la imagen*, 1950; Silvina Ocampo en *Autobiografía de Irene*; Silvina Bullrich con argumentos fantásticos en *La redoma del primer ángel* y *Tercera versión*; Abelardo Arias, de la tierra cuyana de *Alamos talados* a *La vara de fuego*, de radicación porteña. Y así Mujica Láinez, B. Verbitsky, Miguel Angel Speroni, Gudiño Kramer, Ruíz Daudet, Arturo Cerretani, Joaquín Gómez Bas, Enrique Wer-

nicke, Luis Mario Lozzia, Valentín Fernando, Antonio Stoll, Pérez Zelaschi, Isidoro Sagués, Félix M. Pelayo, Luis H. Velázquez, Novión de los Ríos, Celia de Diego, A. Magrassi, J. C. Ghiano, Diego Oxley y Gastón Gori (que han publicado libros iniciales en el período 1940-50).

Al par de estas convergentes preocupaciones argentinas, de la psicología y los caracteres que definen protagonistas y escenas, nuestra inquietud literaria se condensa en las aportaciones de la novela de aventura —escrita con imaginación desprejuiciada y alerta— en la que ocupa un lugar considerable *La invención de Morel* (1940), de Adolfo Bioy Casares. “He discutido con su autor —dice Borges— los pormenores de su trama, la he releído; no me parece una imprecisión o una hipótesis calificarla de perfectas”. Afirmándose en esa corriente, Alfredo Pippig escribió *Isla* (1948) y Julio Ellena de la Sota concitó la airosa prosa de su *Narciso* (1949). El cuentista Héctor René Lafleur ha escrito que “lo imaginativo siempre nos ha causado a nosotros los argentinos un poco de miedo”. La reacción salta hoy felizmente a la vista y la señal manifiesta la constituyen los valiosos cuentos de *Las pruebas del caos* (1946), de Anderson Imbert. La literatura aforística, de formas y contenidos poéticos y filosóficos, honda en su esencial síntesis expresiva, asume jerarquía en *Voces* (1948), en la figura solitaria de Antonio Porchia.

IV

Un clima de realidad y de aventura se enfrenta en su dimensión más sutil en nuestros poetas. Como en la novela y en el ensayo, no todos los poetas que voy a mencionar pertenecen estrictamente a mi generación, pero hay un clima de época que opera en los más lúcidos y une y hace que los mayores representantes de una generación —o sus coetáneos— se eleven a valores espirituales unitarios, definidores de una promoción literaria. La poesía muestra el rostro estético del país y se adelanta en *Piedra infinita*, 1942, de Jorge Enrique

Ramponi; en *Corazón del Oeste*, 1941, de Vicente Barbieri; en *Enumeración de la patria*, 1942, de Silvina Ocampo; en *Pasiones terrestres*, 1946, de Enrique Molina; en *Después del olvido y El Sur y su esperanza*, 1946, de César Rosales; y también en otros libros de poetas, que coinciden con el llamado de la revista "Canto" (1940) al querer "para nuestro país una poética que recoja su aliento, su signo geográfico y espiritual". El "Premio Martín Fierro", otorgado a partir de 1939 y durante tres años, tuvo la virtud de convocar a nuevas voces líricas argentinas. A "Canto" le siguen "Huellas", "Verde memoria" y las colecciones Agua Clara, Ramo Verde y Cuadernos de Fontefrida. En unos la poesía se ciñe a módulos tradicionales, en otros se expresa con cabal libertad; se hace evidente un clima desgarrado de la existencia, superrealista por sus símbolos e imágenes. Una poesía de inspiración humana y aliento misterioso, con imágenes intensas y tono elegíaco, la que aducen diversamente remarcables poetas (3).

Pero, ¿de qué modo se busca la fisonomía de la tierra nacional? La masa pétreo de los Andes arranca a Ramponi esencias vertidas a pura imagen poética, de severos espacios y tiem-

(3) Existen compendiadoras antologías: *Diez poetas jóvenes*, 1948 y *Poesía moderna argentina*, 1953, por Horacio J. Becco y Osvaldo Svanascini; *Poesía argentina* (1940-49), por David Martínez; *Muestra colectiva de poetas* (Tucumán, 1944); Colección de poetas jóvenes de la provincia de Buenos Aires; *Primera antología poética platense*, por Roberto Saraví Cisneros, etc. Ghiano ha escrito en *Poesía argentina del siglo XX*, 1957, un capítulo dedicado a los poetas del período 1940-50. En ese interesante libro, otros dos capítulos preceden y completan el cuadro explicativo de la evolución poética nacional. Los poetas que reúne Ghiano y otros que figuran en las antologías citadas, documentan la importancia de la generación poética que surge hacia 1940 y que afina sus valores en el curso de esta década y la siguiente. Véase también: Alberto Ponce de León (en "El 40", n° 6, Bs. As.), y, en esa revista (n° 1), el artículo de León Benarós, De César Rosales: "El actual movimiento poético argentino" (en "Marcha", Montevideo, agosto 16 de 1957). De C. Fernández Moreno: "Poesía Argentina desde 1920" (en "Cuadernos Americanos", México, Set-Oct. 1946). Escritos de: H. P. Agosti, Carlos Alberto Álvarez, J. E. Acuña, Edgar Bayley, Martín A. Boneo, Eduardo Calamaro, G. S. Hernando, Novión Hurtado de Mendoza, Carlos Manuel Muñiz, F. Tornat Guido, Rubén Vela.

po metafísico, rigor de la expresión que busca su justeza en una transfiguración de soledades, como quien aguarda el secreto milagro de lo que no tiene fin.

Un cansancio de las palabras usadas y un abandono de tantas trivialidades que se abren a flor de piel en versificadores de entonación folklórica o anecdótica, un ardor que persigue calidades de dramática pasión contenida, llevan a Molina a cantar una tierra, urgido por su llamado, "donde nada es más cruel que" *su* "propia belleza".

La luz transparente en la estrofa cadenciosa, el aliento lírico de una vivencia bajo los cielos encendidos de júbilo y de melancolía que sueña, de ritmos sosegados y nostálgicos, viven en el poema de Barbieri *Balaña del Río Salado*, río de su niñez en la llanura del oeste argentino. El dibujo ornamental de sierras y pampas, ciudades y quintas, ríos y pueblos, ciñe el ancho verso descriptivo y plástico de Silvina Ocampo.

Una imaginación vigilada, un alzar las cosas humildes hasta tallarlas en luminosas facetas, y el todo "sometido a un designio inmutable", vigoriza la voz exaltadora de Rosales. "Si para mí poesía es comunicación —le dijo en carta fraterna, a propósito de *El Sur y su esperanza*, Vicente Aleixandre—, su libro traduce la vida inmediata, la realidad (tremenda palabra que abarca al hombre y a todo su halo").

¡El hombre y *todo su halo!* No otro es el mensaje de la nueva poesía. La poesía de Girri, p. ej., se despoja voluntariamente de formas sentimentales con un tono paradójico y aparentemente desaprensivo o cínico, sereno o lúcido ante lo efímero. Esta expresión, circundada por los peligros de inevitables prosaísmos, soslaya direcciones antes no frecuentadas; tiene, en su carácter coloquial, raíces antiguas y modernas.

A una doble vertiente responde, pues, la poesía argentina de la promoción de 1940: la de los poetas que acogen el centro de la tierra (cabe mencionar no menos a Ferreyra Basso, Miguel D. Etchebarne, León Benarós, Jorge Calvetti, Mario Basignani) y la de quienes aducen las experiencias de ser y su contorno lírico.

Auténticos poetas universales han ejercido y ejercen influencias en nuestros poetas. De Baudelaire a Rimbaud, de Mallarmé a Valery, por un costado, y por otro, los simbolistas ingleses hasta Eliot; Rilke, Milozs, Apollinaire, Ungaretti, Eluard, Perse, los modernos españoles; los americanos Whitman, Lee Masters, Pound, Vallejo, Neruda. Existe, también, un fervor nostálgico de Grecia, a través de Holderlin, y de latinos y clásicos (4).

Deseo aclarar alcances: hubo un tiempo en que la poesía argentina respondía a románticos delirios, conturbados modernismos, o exaltados afanes inconexos e insustanciales. Por conducto de la generación que nos precede y en su pro y contra — Borges, Nalé Roxlo, Marechal, Mastronardi, F. L. Bernárdez, los tres González (Lanuza, Carbalho, Tunón), Luis Franco, Córdova Iturburu, y otros que han escrito páginas esclarecedoras como “expresión pura” o “arte comprometido”—, se ha formado conciencia acerca de las calidades del alma y el lenguaje, sin cuyo rigor no hay poema verdadero. Por primera vez en la historia de la poesía nacional, se aspira por la *palabra* a una exigente certidumbre con implacable afinamiento vivo en cada verso como disciplina de jerarquía emocional y mental, linaje de la expresión escrita que sólo sabe de lo estrictamente poético o de lo explicado poéticamente. Esta comprensión es *ya* tradición nueva en nuestra poesía joven. Bien lo saben los poetas, agudos indagadores del lenguaje, en todas las latitudes de la patria.

Por esta singular aptitud de entendimiento, atañe a esta poesía una concepción tajante y segura: ella es insustituible a

(4) Se han señalado recientemente los nombres de Rilke y Neruda, y un movimiento, el neorromanticismo —Fernández Moreno en “Historia de la Literatura Argentina”, Peuser, T. 4, 1959; Ghiano, libro citado—, referidos a la generación de 1940. Y se han ensayado otras definiciones: v. “Informe sobre la nueva poesía argentina” (1930-1958), de D. Martínez (*Universidad*, Santa Fe, nº 38). Tiene a abarcar los caminos de esta promoción mi ensayo: “Una nueva generación literaria argentina” (en “Cuadernos Americanos”, México, 1952); conferencia leída el 14 de agosto del año anterior en el Teatro del Pueblo de Buenos Aires, ciclo “Problemas de Literatura Argentina”, organizado por Pedro Larraide.

sí misma, o busca serlo. Un gran poema es una rara unidad de grandeza humana e innovación técnica, de inspiración y concreción solidarias. Los grandes poemas aunan el ardor de un instante confesional, histórico y le infunden un soplo al par natural y sobrenatural que los trasciende, alcanzando más allá de las minorías creadoras una dimensión múltiple que se recupera con el uso. Los más recientes poetas han podido vislumbrar así poemas en donde la densidad de la substancia manejada adquiere seducción y profundidad. En sus años (1854-1917), Pedro B. Palacios (Almafuerte) tuvo que manejar una poesía a la vez humana y abstracta mediante una retórica de la que en vano trató de salir con su individualidad audazmente contradictoria, violenta y sincera. He aquí un grave peligro que considero oportuno denunciar: otra no menos lamentable retórica —la socorrida retórica vanguardista de la repetición, la copia o la imitación de modelos foráneos— pesa sobre nuestra generación y, en este punto, tendrá aún que librar una dura lucha en defensa de su libertad contra males literarios que pueden resultar fatales. Traigo el ejemplo del poeta desigual de *El Misionero* porque entiendo que hoy puede ser comprendida su experiencia en totalidad: la de intentar la poesía sostenida sobre la raíz humana, metafísica y moral del hombre. Almafuerte olvidó el paisaje natal pero no la estirpe profética de un pueblo de levadura americana y por tanto, tan antigua como la voz de Job y de Jesús y tan nueva como la miseria de su “chusma sagrada”. Su poesía resultó de una intensidad existencial sin parangón en nuestro medio. Sólo que el problema es más arduo *ahora* y en ello va implícita la *calidad* literaria y estética que Almafuerte no cuidó o desdeñó en sus versos. Y esta crítica alcanza a no pocos poetas argentinos; diré más, es uno de los males sudamericanos, que inclina al poeta más al desborde que a la contención, más a las explicaciones antipoéticas que a ceñirse a la esencia de la poesía. Creo, empero, que la poesía argentina se encuentra en una alta tensión de sangre y nervios, de ideas y realidades, como difícilmente se ha presentado otro instante más propicio. Cie-

rra un ciclo y abre otro de expresión unitiva y universal en la integridad del país y en el Nuevo Mundo. Y lo alcanzará cuando logre abandonar toda solución de facilidad e internarse en sí misma —en su mundo misterioso, apasionado y exacto— sin descuidar la realidad sensible de una tierra que alentará voces dramáticas y libres en el tiempo por venir ⁽⁵⁾.

Esta es, en mi modo de ver y de sentir, la aportación que atañe a un coherente grupo de conciencias poéticas que aspiran a vivir en comunión con quienes han sostenido, con probidad y elevadas miras, la intuición creadora en un continente donde la libertad de soñar y escribir pervive por sobre el fragor de días opacos y neblinosos. Este desafío deberá afirmarse en la voz articulada de una generación que da pruebas con su conducta de la naturaleza ética y estética de su existencia. No de otro modo se funda la pasión que erige nuevas formas de vida y nuevas expresiones literarias. Un destino humano se hace literatura, ésta se vuelve existencia y la existencia vida que clama por una autenticidad que abate endiabladas traiciones. No en vano la poesía ha sido y es la concreción más pura del hombre sufriente y creador. Y su unidad, en la forma-substancia, la síntesis necesaria de ese proceso esclarecedor y significante.

V

En este cuadro —acudo a la imagen plástica, que me es grata— luces y sombras pugnan entre sí, y emergen preocupaciones y esperanzas frente a concretas realidades. No ha sido mi propósito cargar las tintas, sino más bien modular la luz que alumbraba nuestra alma a semejanza de un primitivo pintor sienés de principios del siglo XIV, en el que drama y lirismo se fusionan en idéntica proporción. La luz reposada de un Duccio, de Buoninsegna, se vería superada por

(5) Acaso se encuentre próxima a esa aptitud que le solicita Osvaldo Rossler (1953): "Su clima definitivo, su decir más hondo y entrañable": aspiración de madurez. Pero el momento es agudamente crítico.

la bullente humanidad de un Giotto, un Masaccio, un Miguel Angel, un Tintoretto, un Greco, un Rembrandt, hacia la modernidad de nuestros días. Son éstos grandes constructores de cuadros en quienes el hombre emerge de sus sueños superhumanos y señorea, ya en las angustias del misterio creador o en las exaltaciones sublimes de su gloria. Pero permanezco por el momento fiel a aquella luz precursora del maestro de Siena, luz aún indistinta en el paso de la Edad Media al Renacimiento, como en nuestra Argentina y en su bucear en la vida y la expresión por el arte.

Duccio pintó la temática de su época, la Virgen en su trono rodeada de santos y ángeles, sobre un fondo de oro, y la llamó *La Maestà* "La Majestad". En ese trono —para nosotros un marco inmenso con espacios y silencios sureados de truenos y relámpagos—, ubico hoy la menos seráfica figura de la libertad: la tan perseguida, vilipendiada, buscada libertad. Sin libertad no existe ni arte, ni literatura, ni vida. Y esta es la alegoría que fundamenta las creaciones verdaderas del espíritu argentino.

Posdata

Al revisar el esquema que antecede y releer *espíritu argentino*, pienso que existe en el tiempo una gran generación paradigmática: la de la Asociación de Mayo, de 1837. No en vano se vuelve reiteradamente a Echeverría (Alfredo Palacios, Arrieta, Rojas Paz, Erro, Nydia Lamarque, Barreiro, Lanuza, Agosti, Halperín Donghi); a Sarmiento (Ricardo Rojas, Martínez Estrada); a Alberdi (Canal Feijóo); a Mitre; a Gutiérrez; se los estudia, exalta o critica, nunca se los podría silenciar. Esos hombres existen como materia viviente y entrañan las ideas madres con que se buscó organizar el país. Los períodos de diez, veinte o treinta años, que aducen aportaciones generacionales en el tiempo emocional y mental de un

escritor, son etapas de un desarrollo lento y gradual que adquiere vigencias en el espíritu de época y por conducto de señeras personalidades a veces antagónicas: Hernández, Lugones, Banchs, Macedonio Fernández, Borges, Martínez Estrada, Mallea, Arlt; en nuestros días, alta es la lección intelectual y moral de Martínez Estrada, escritor y hombre de furias místicas, de fe y de amor. Literariamente, no olvidamos a la generación del 80 (Cané, Cambaceres, Wilde), ni la del 900 o el modernismo, ni la de 1922 o la renovación vanguardista, ni la nuestra en el enfrentamiento de la realidad nacional (6). Pero acudimos invariablemente al *Facundo*, al *Martín Fierro*, a *Radiografía de la pampa*, y, en el plano colectivo, nos adentramos en los ideales que fueron norma de conducta de la generación de Echeverría, de Alberdi, de Sarmiento, buscando soluciones a realidades actuales más ásperas e imposter-

(6) Ismael Viñas, escribió a comienzos de 1958: "Lo que ahora pasa aquí, la vida que se mueve a nuestro alrededor es seria y definitiva, y nos compromete sin escapatoria". No otra cosa pensaba yo en setiembre de 1930, cuando un movimiento antidemocrático nos sacó, adolescentes, de las aulas del colegio nacional; cuatro años más tarde, me embarcaba para Montevideo a vivir por igual el rigor de la poesía y el arte, preocupado por la materia viviente de mi "Descontento creador", de mi descontento argentino, anheloso de una acción reestructuradora del país con el apoyo de las fuerzas pensantes y creadoras más genuinas de nuestra cultura. Acierta, por consiguiente, Viñas, al agregar: "El proceso arranca de antes, y reconoce sus raíces en innumerables acciones individuales...". Un núcleo de escritores más recientes, en lo esencial continúa la indagación de problemas de la expresión literaria y de la realidad nacional y universal; válido es mencionar, entre otros, a Beatriz Guido, David Viñas, Marcos Denevi, Nicolás Cocaro, Joaquín Gianuzzi, Adolfo Prieto, Antonio Di Benedetto, Juan José Manauta, Hugo Acevedo, Rodolfo Alonso, etc., cuyos principales trabajos aparecen después de 1950. Véase a ese fin: "Antología de la nueva poesía", 1952; selección, prólogo y notas de Raúl Gustavo Aguirre; y las revistas Poesía Buenos Aires, Contorno, Contemporánea, Buenos Aires Literaria, Ciudad, Ficción, Gaceta Literaria, Letra y Línea, Ventana de Buenos Aires. Aun está por hacerse la antología y la historia que recojan con estricto espíritu crítico —tarea sumamente difícil— los méritos de los prosistas y poetas de las nuevas generaciones o promociones. Trabajos de Roberto F. Giusti, Luis Emilio Soto, Anderson Imbert, Ghiano, Fernández Moreno, Juan Pinto, Germán García, Salomón Wapnir, David Martínez, Becco, Korembli, y otros, contribuyen, en distinto grado, a informar y esclarecer esa labor necesaria.

gables y que exigen una reestructuración del país. Si la literatura es, como lo siento y creo, el espejo en el cual la tierra y el mundo del hombre se reflejan en las mil peripecias del destino humano, expresado con autenticidad creadora, trabajar por esa conciencia y hacer de ella un símbolo operante, es un modo insustituible de hacer *verdadera* historia.

ROMUALDO BRUGHETTI

Luis María Campos 1372, Buenos Aires



